

La Cena

Esta vez no tuvo el mismo sueño, aquel que la atormentara durante diez años, el tiempo exacto que hacía desde que el corazón de su hijo había dejado de latir.

Por aquel entonces Nicholas tenía tan solo cinco años y le habían detectado una extraña enfermedad terminal. Su madre, Sarah, se encontraba desolada ya que el niño era su único apoyo y no podría soportar la pérdida de otro ser querido, como había ocurrido con su marido.

Nicholas y Sarah vivían en una solitaria casa situada en medio de la nada en la que los columpios que adornaban el anteriormente bello jardín ya se comenzaban a corroer por el óxido debido a que el niño ya no los utilizaba.

Mientras tanto, Sarah se resignaba en mirar por la ventana de su lúgubre alcoba hacia ellos y en recordar aquellos tiempos no muy lejanos, pero que se asemejaban como a millones de años luz, cuando el niño se columpiaba incansablemente durante horas y horas por la tarde, y al llegar la hora de la cena, que previamente Sarah había estado preparando con empeño, Nicholas paraba de mecerse automáticamente para ir a llamar a la puerta de su casa y preguntar algo de lo que sabía con certeza la respuesta afirmativa:

-¿Está ya la cena, mami? -decía-.

Pero de repente un sonido quejumbroso semejante a la voz de su Nicholas, proveniente de la alcoba de su hijo, la hacía despertar de ese trance y la llevaba a encararse con la cruel realidad de la que era presa.

Así pasaban los días, lentamente, muy lentamente.

Una triste mañana, en la que el cielo gris parecía desplomarse sobre la tierra y la carencia

de Sol auguraba algo nefasto, Nicolás expiró

Desde aquel día, cuando, después de mucho dar vueltas en la cama, lograba quedarse dormida, la invadía el mismo sueño...

Soñaba que se encontraba en la cocina preparando la cena para ella y para su hijo mientras que el chirriar de los columpios del jardín creaba una melodía macabra que manchaba sus oídos. Al llegar las ocho en punto, y teniendo todo dispuesto encima de la mesa, como era común, el mecer de los columpios cesaba y acto seguido podía distinguir como los pasos de su hijo se iban aproximando hasta dar con la puerta principal, que daba a la cocina. Una vez allí, Nicholas petaba insistentemente y su madre dejaba los menesteres a un lado para ir a abrir la puerta y encontrarse de bruces con su hijo de cinco años:

-¿Está ya la cena, mami?

Justo al alcanzar este punto del sueño, la madre se desertaba irremediablemente, una vez tras otra, de un sobresalto y se quedaba paralizada de terror en la cama sudando en frío como pensando si de verdad hubiera existido tal sueño, para finalmente darse cuenta de que la persona con la que había soñado no era nada menos que con su hijo, el cual había perdido meses atrás.

Ese mismo sueño noche tras noche desde que Nicholas se fuera a vivir con los Serafines. Siempre lo mismo: la cena, el chirriar de los columpios, los pasos... la pregunta.

Cuando comenzó a tener este sueño, Sarah se asustaba sin razón, era un miedo que ella no entendía, pero al final (como suele ocurrir al estar expuesto continuamente a una cosa que nos causa terror), logró superar el umbral, para finalmente ansiar que llegara la noche para así poder ver a su hijo.

Al pasar diez años desde la muerte de Nicholas, la mujer percibió un cambio notable en el sueño del cual no se diera cuenta hasta aquel entonces. En dicho pasaje, las actividades que ella llevaba a cabo eran siempre las mismas, pero aquella noche se extrañó al escuchar la voz de su hijo preguntando "¿Está ya la cena, mami?". Aquella voz que antes reflejaba la niñez, una voz dulce y melódica, de esta vez le sonó como más pueril, mas viril, y en el escaso tiempo que podía ver a su ser querido (justo antes de despertarse) le había parecido como si éste hubiese crecido.

Así pasaron quince largos y quejumbrosos años. Todas las noches el mismo sueño, pero ahora Sarah comprendía el sentido del repetitivo sueño: en el podía ver al hijo del que fue despojado todas los crepúsculos de su vida, eternamente... o eso creía.

Una mañana se despertó y se levantó dispuesta a ejecutar sus quehaceres matutinos, presa de la rutina. Preparó el desayuno, hizo la colada, fue al río a lavar la ropa y todas las cosas que solía hacer en su triste, monótona y solitaria vida.

Al llegar la hora del almuerzo, hábito que le hacía recordar irremediamente a Nicholas, se sobresaltó al darse cuenta de que aquella noche no la había visitado su hijo en los sueños. Se le puso la piel de gallina al pensar que ya nunca mas vería a Nicholas. Es curioso, pero lo que anteriormente le había causado aquel miedo punzante, al acostumbrarse a ello, le aterrorizaba todavía más al notar su ausencia.

Intentó reflexionar sobre otra cosa, evadirse de aquel maldito pensamiento y se dispuso a cortar patatas para el almuerzo, pero su intento de escabullirse de la paranoia que la asaltaba fue en vano, ya que cuando había terminado de pelar la primera se empezó a

escuchar el chirriar de los columpios desde el jardín. Pensó que no era más que una ráfaga de viento perdido que los había hecho mover o simplemente un producto de su imaginación, que le estaba jugando una mala pasada y la falta de su sueño le había distorsionado la razón para que en la vida real sintiera lo que en el sueño.

Siguió preparando la comida y cuando ya hubo puesto todo sobre la mesa el chirriar de los columpios cesó. Sarah se quedó petrificada intentando convencerse de que aquello no era verdad, aferrándose a la teoría que anteriormente había supuesto, pero sin poder superar ese trance, clavó sus ojos en la puerta escuchando unos pesados pasos que se acercaban por el porche hasta la puerta principal.

Los pasos se detuvieron y acto seguido alguien comenzó a golpear con frenesí la puerta de madera. Sara, aterrada, se dispuso a abrir la puerta y al hacerlo pudo comprobar como todo lo que creía un sueño no era sino que la cruel realidad. Una voz clara y endemoniada preguntó con ironía:

-¿Esta ya la cena, mami?